

Pornocrítica: La escritura necesaria

Jorge Peré

inCUBAdora ediciones

La simple revisión de las revistas y suplementos literarios que circulan por nuestras redes de distribución oficial corrobora la existencia de una producción crítica y ensayística cuando menos consistente, y de cierta relevancia en un sentido numérico. Sin embargo, en la medida en que esto ocurre se evidencia cada vez más el desinterés en el público lector, tal vez ávido de un acercamiento crítico menos erudito, y más en sintonía con la inmediatez editorial cubana e internacional.

Esto no quiere decir que debamos desterrar de nuestras publicaciones una cierta cantidad de textos de enfoque historiográfico, metacrítico *–raras avis–*, o reseñístico – inscritos en un desabrido ABC escritural. Sino que nuestra crítica literaria merece renovarse en algunos aspectos con tal de ser atrayente, genuinamente pública e impactante para la *ciudad letrada*.

Ahora, y en un último preámbulo antes de caer en la razón de estas líneas, ¿cuántas personas en nuestro espacio leen hoy de manera activa fuera del gremio intelectual? Quiero decir, ¿cuántas personas leen *literatura* por el mero placer estético que ofrece el lenguaje? Antes de aterrizar en nuestra realidad les comparto un juicio sugerente, sin duda atendible, si tenemos en cuenta de donde proviene: “Las pantallas nos han derrotado”. Tal aseveración fue hecha por el “tanque” norteamericano Philip Roth (1933) en una entrevista del año 2008.

Que Philip Roth, harto conocido *best seller* internacional, preterido en más de una ocasión por la Academia Sueca en la concesión del Nobel de Literatura, asegure de manera tajante la inevitable derrota de la literatura frente a los *mass media*, ya parece adelantarnos lo escabroso del tema en cuestión. Luego, si esto está pasando con la narrativa, imaginen la fortuna de la crítica literaria por estos tiempos. Ahora sí, un breve inventario del contexto local:

La inmensa mayoría de los jóvenes (aquí arriesgo un 98 %) que ingresan a la carrera de Letras en la Universidad de La Habana desconocen la existencia de una revista literaria como *La Siempreviva*; mientras que ni siquiera la distribución gratuita del suplemento *La letra del escriba* ha reanimado el consumo por parte de los lectores –los que conocen la publicación–. *Unión*, la antológica revista literaria, permanece intacta en los anaqueles de las librerías habaneras, cuando no almacenada en cajas en los depósitos de la UNEAC. Algo similar ocurre con *La Gaceta de Cuba* debatida en una hibridez artístico-literaria que a ratos seduce pero no alcanza a cubrir las expectativas. Por su parte, la revista *Casa de las Américas*, aparece atrapada en el rigor investigativo y el privilegio de las voces literarias foráneas. *El Caimán Barbudo...* Sobre esta última pienso (y creo que muchos igual que yo) que se sostiene del entusiasmo y el empuje individual de un editor a prueba de balas: Rafael Grillo.

La crítica ha sido relegada históricamente a la servidumbre, la fiel dependencia de la creación artística y literaria. La buena salud de esta disciplina se ha visto afectada por diversas razones, que nada tienen que ver con las condiciones objetivas y subjetivas que ella se impone. En el presente se hace necesario refundar el *status quo* del ejercicio crítico, mediante la asimilación de nociones rupturistas en términos discursivos y prácticos.

Para ello, se torna imprescindible desterrar esa crítica culterana, preocupada por los patrones académicos y las descripciones panfletarias –casi siempre internadas en un valor fundamento que connota lo trascendente– de su objeto; y en cambio, instaurar ese ejercicio de activo cuestionamiento, dado a polemizar intensamente en la elucubración de un espacio de autonomía cognitiva y estética.

En Cuba se pueden localizar algunos nombres que en cierto modo bosquejan una cartografía interesante, e imprescindible a los efectos de distinguir la fisonomía de una crítica *avant-garde* (léase posgenérica). Los mismos son: Víctor Fowler, Alberto Garrandés; Elvia Rosa Castro, Héctor Antón Castillo –estos dos en el campo del arte–, y Gilberto Padilla Cárdenas.

Cada uno a su manera realiza una crítica tendiente a la subversión, en la que puede advertirse ese instinto o inclinación hacia la sospecha como resorte de un discurso consecuente con la “cara oculta” de los procesos y fenómenos de la cultural oficial. La

“pentarquía” citada, sin lugar a dudas genera una dimensión inestimable en sus respectivos hemisferios que merece un aparte individual, conciso.

En estos apuntes abordaré al que quizás comprenda el mayor estigma en cuanto a provocación se refiere.

El sitio web *Oncuba*, en su sección cultural, ha devenido en espacio polémico, fecundo para el intercambio de ideas y juicios literarios, de un tiempo hacia acá. La irrupción de Gilberto Padilla le ha conferido a esta página digital una tónica diferente, aliñada por un influjo poscrítico que parece envolver “las mieles” de una nueva cultura del criterio: el periodismo ecléctico, capaz de vincular los distintos usos del texto en una suerte de pastiche retórico.

A Gilberto se le da muy bien eso de la “escritura canibalesca”, esto es, la movilización de todo un arsenal teórico y estilístico sin previa declaración, o sea, el parnaso de lo apócrifo a la manera de Borges. El crítico arriesga un tipo de escritura versátil y promiscua, capaz de conectarse a un supuesto tejido literario donde compilan autores del más insospechado linaje: Leopoldo María Panero –este es de los más citados–, David Foster Wallace, César Aira, Rodrigo Fresán, Mario Bellatin, Jorge Volpi, Derek Walcott, entre otros.

De esta manera Padilla Cárdenas, también editor y profesor de la Facultad de Letras, adentra al que lo lee en un entramado de citas, subjetividades encontradas, y simulacros textuales, como parte de una *boutade* que no deja indiferente por la manera en que se nos descubre en espiral paranoica, tendiente al caos informativo y el sensacionalismo intelectual.

Pero ni tanto. Los que hemos seguido con atención cada texto de Gilberto sabemos que detrás de esa fachada subversiva permanece agazapado un ferviente consumidor de literatura, polemista y denodadamente arrogante. ¿Y acaso no es eso lo que nos hace falta? ¿No sería esta arrogancia el aderezo que le viene haciendo falta a nuestra crítica desde hace tiempo? ¿No suenan arrogantes Jorge Mañach, el propio Jorge Luis Borges, Roberto González Echevarría, Harold Bloom (por solo citar unos nombres) en sus textos y frases más visitadas?

La voluntad de poner explosivos, a la manera de un terrorista intelectual, en las torres más elevadas de nuestra tradición cultural –casi siempre relacionadas con el espacio

literario-, no será la mayor virtud de Gilberto, pero confieso que es la que más admiro, además de otra cosa: el interés que despierta en un servidor por la lectura rigurosa. Sí. Los textos de Gilberto me han vuelto un lector más cauteloso (léase paranoico), una suerte de detective a la manera de Ricardo Piglia. La razón es sencilla, la describo a continuación:

Si un crítico, lleno de presunciones y lecturas eruditas, es capaz de inducirme a pensar en la falacia de sus criterios como una posibilidad real, y además consigue generar en mí la exasperación de quien sospecha estar frente a una avalancha especulativa donde nada es absolutamente cierto o falso, no puedo pasar por alto semejante intimación. El siguiente paso es acudir a los textos originales, y verificar cuánta verdad hay en cada sentencia del que enjuicia.

Gilberto Padilla, como dije antes, encarna las virtudes más vilipendiadas por el espacio académico. Hace una crítica que, ciertamente, destroza los códigos de cualquier escritor profesional. Él mismo no tiene la estirpe de un profesional de las letras –sin entrar en detalles ni falsos piropos–, si es que eso existe. Sin mencionar que dedica la mayor parte del tiempo a despotricar sobre los “mártires” de la cultura cubana, sobre todo los que permanecen anquilosados en las vitrinas del canon literario insular.

La apuesta de Gilberto está con la generación de turno, el gremio de escritores emergentes que hoy desfila por nuestras librerías –al amparo de alguna edición nacional o extranjera– sin pena ni gloria. Sin ser los únicos: Ahmel Echevarría, Ena Lucía Portela, Jorge Enrique Lage, Legna Rodríguez Iglesias, Oscar Cruz, Osdany Morales, y Abel Fernández-Larrea. A este grupo podría añadirse Wendy Guerra, residente en el exterior. Sobre estos autores se proyectan las bondades de Padilla. Sobre ellos escribe y deja la sensación de una crítica metaficcional, tan involucrada con el proceso de lectura que parece una extensión, un apéndice más de los textos que analiza. Seguramente los enterados advertirán que no hay nada nuevo en esto. El de Gilberto es un mero acto poscrítico, palabras más palabras menos. Sin embargo, ¿cuántos ensayistas de los nuestros, además de él –y los ya mencionados– se atreven hoy a encarnar un discurso poscrítico en sus textos?

Cada artículo de Padilla se trastoca en una *performance* que mucho le debe a la “estética de la provocación”, y en ese punto, el crítico se expulsa desatando tensiones, deliberadamente, con sus interlocutores. De suerte que lo más interesante en Gilberto,

como crítico literario, desborda la jurisdicción de sus textos para enclavarse en la intensidad de los comentarios que suscita entre los lectores que lo siguen vía Internet. No hay un solo texto del autor que ostente menos de una veintena de comentarios –de apoyo o de encono–, lo cual implica la activa recepción que se hace de los mismos. Eso, pese a algunos comentarios ponzoñosos, es *rating*; es saber llegar al público – independientemente de los ardides que se pongan en juego–; es una manera actual y eficiente de captar y hacer participar al lector.

Piensen nada más en lo divertido de corregir cada gazapo –intencionado o no–, cada apócrifo, cada “forro” implícito en los textos de Padilla Cárdenas. Una especie de juego intelectual consistente en detectar las marcas de un singular embustero, las huellas que lo incriminan en un orden seriado de profanaciones literarias.

No veo una mejor incitación a la lectura. Leamos para desenmascarar a Gilberto Padilla. Para “resetear” cada criterio suyo. Pero a fin de cuentas leamos. Volvámonos todos lectores detectives. El cuerpo del delito será la literatura; el libro o el autor que Gilberto decida. Parece maquiavélico, sin embargo: “en la literatura, al igual que en la guerra y el amor, parece no haber limitaciones”. Dejemos al tiempo la elección definitiva de qué hacer con la figura de Gilberto Padilla Cárdenas; mitómano empedernido, crítico extravagante, ególatra excesivo, y mucho más... pero aún así necesario en nuestro espacio. Fin del drama.

La pornocrítica, digámoslo ahora, puede ser un aliciente a estos tiempos en los que transcurre, al decir de Elvia Rosa “La Pitonisa” Castro, el epílogo o la superación de la razón cínica dentro de la cultura intelectual en Cuba.